

SULEIMA

NOVELA ORIGINAL DE

PIERRE LOTI

VERSION CASTELLANA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

SULEIMA

PREFACIO DEL AUTOR

Va á ser esta una historia muy deshilvanada, y mi amigo Plumkett era de opinión de titularla: *Cosa sin piés ni cabeza*.

Comprenderá doce años de nuestra era, y creo que tendrá unos veinte capítulos (de los cuales uno será prólogo, como en las piezas clásicas.)

La intriga no será muy complicada; habrá un intervalo de diez años, durante el cual, no sucederá absolutamente nada, y después acabará todo bruscamente por un tejido de crímenes.

Habrá dos personajes con el mismo nombre, una mujer y un animal, y sus asuntos estarán amalgamados de tal modo, que no se sabrá bien, en ciertos momentos, de cuál de los dos se trata. Mis aventuras personales vendrán también á mezclarse en la historia, y para cúmulo de confusiones, las reflexiones de Plumkett...

Prólogo

Era en Argelia, en Orán y en 1869, en cuya época, era yo casi un niño. Plumkett conservaba aún todos sus cabellos.

Era una mañana de Marzo, y Orán se despertaba bajo un cielo gris. Nosotros estábamos sentados delante de un café que acababan de abrir en el barrio europeo. No teníamos frío, porque llegábamos de Francia; pero los árabes que pasaban iban envueltos en sus capas y temblaban.

Había uno, sobre todo, que parecía transido; arrastraba una especie de bazar portátil que nos enseñó, obstinándose en vendernos á precios exorbitantes collares de pasta perfumada y babuchas.

Una chiquilla harapienta y descalza se arrimaba á su albornoz; era una deliciosa criaturita con grandes ojos y largas pestañas como las de las muñecas. Tenía el tipo indígena, un poco exagerado, que se ve con frecuencia en los niños. Los árabes y los turcos, mientras son pequeños, son todos muy guapos, con su gorro encarnado y sus hermosas pupilas negras. Después, cuando crecen, unos resultan muy hermosos y otros muy feos.

Aquel, nos dijo que la muchacha era su hija Sulei-

ma. En efecto, ésto era posible, pues descomponiendo bien su cara de bandido viejo, y rejuveneciéndola hasta la infancia, se comprendía que hubiese podido producir aquella muchacha.

Nosotros dábamos terrones de azúcar á Suleima como á un perrillo: ella se ocultaba bajo el albornoz de su padre, después mostraba su obscura cabeza con risa infantil, y nos pedía más.

Daba mil vueltas al azúcar entre sus manecitas y la masticaba lo mismo que un mono.

Dijimos al viejo: «Tu niña es muy bonita, ¿quieres vendérsela también?» Y lo decíamos con toda nuestra alma; nos divertía la idea de llevárnosla a quella criaturita de ámbar y convertirla en un juguete. Pero el viejo árabe, que no tenía nada de cándido, abrió mucho los ojos, pensando que su hija sería realmente muy hermosa, y sonrió como un sátiro.

Las gentes que había en el café nos contaron su historia: acababa de llegar á Orán donde estaba bajo la vigilancia de la policía, por haber sido en otro tiempo salteador en el desierto...

Habiendo tenido una pequeña riña con Plumkett, emprendí, después de almorzar, el camino del campo y pasé por la montaña para volver á Mers-el-Kébir, donde nos esperaba nuestro barco.

Subí bastante arriba en medio de rocas rojizas de formas rudas y extrañas. Hacía verdadero frío y es-

to me sorprendió en aquella Argelia, que veía por primera vez. Me extrañaba también encontrar por todas partes, entre plantas desconocidas, alfombras de hierba fina, con margaritas blancas lo mismo que en Francia.

El tiempo estaba tan triste como en Bretaña.

El viento doblaba las malezas y las hierbas, y se hundía con un ruido sordo en todas las profundidades y grandes cortaduras de las rocas.

Llegué á la cima de la montaña. Una densa nube pasaba por encima de mi cabeza, el vientola deshacía poco á poco esparciéndola sobre la hierba y haciéndola girar en torno mío en copos grises que parecían de humo.

Esto de ver huir sobre la hierba aquellos pedazos de nube, que se hubieran podido coger con la mano, me parecía fantástico y siniestro y me entretuve en correr detrás de ellos, tendiéndoles los brazos para cogerlos como sucede en los sueños...

Descansé en un rincón que formaban las rocas y al cual llegaba un rayo de sol.

Cerca de mí sentí de repente un ruido muy lijero de hierba que se mueve, miré: ¡una tortuga!

Una tortuga, graciosa de puro pequeña, un átomo de tortuga; su concha amarilla, apenas formada, estaba enteramente cubierta de dibujos en miniatura.

Abajo, muy lejos, sobre un camino que huía en

dirección de Marruecos, se veían pasar siluetas enflaquecidas de camellos que conducían algunos árabes vestidos de negro. (El Ramadán, época en que se visten de lana oscura, caía en Marzo aquel año.)

Cogí la tortuguita y me la metí en el bolsillo,

Después decidimos llamarla Suleima.

Estuve tres meses en Argelia y ví por primera vez la espléndida primavera de Africa.

A menudo encontré á Suleima (la niña) corriendo descalza por las calles de Orán, agarrada al grosero albornoz del vendedor de babuchas.

Después, mi barco recibió un día la orden de partir para el Brasil, y me marché, no llevando de las dos Suleimas, más que á la tortuga.

I

25 de Marzo de 1879.

Diez años han pasado.

...En nuestro país se retrasa este año la primavera y aún dura el invierno pálido y triste.

La noche de Marzo descende lentamente y yo estoy solo en mi habitación...

Jamás, desde mi infancia ya lejana, he permanecido durante tan larga temporada en el hogar.

¡Seis meses, es un largo descanso!

Y á mí me gusta este hogar de que tantas veces he desertado. Y cada vez que le abandono, siento

cierta angustia, pensando que tal vez encuentre á la vuelta algún sitio vacío. Las fisonomías adoradas que me lo conservan, están ya, ¡ay! señaladas por el tiempo. Bien comprendo que se debilitan con los años y esto me causa miedo.

Para mí no hay nada tan triste como la caída de las noches de invierno, ese aspecto empañado y moribundo que toman las cosas, ese silencio de mi casa, aumentado aún por el silencio del pueblecillo que la encierra.

Cerca de mí está Suleima durmiendo, (Suleima la tortuga.) Desde los primeros frios de Noviembre está encerrada en su caja,—que es parecida á esas en que se acuestan las cotorras,—y duerme con el sueño propio de los animales invernantes .

Hace diez años que vive en mi casa, prestando fiel compañía á los huéspedes del hogar mientras yo recorro el mundo, y tan mimada, como seguramente lo habrán sido pocas tortugas.

Me ocurre la idea de abrir la caja: veo su espalda lustrosa, medio hundida en un colchón de heno muy fino. Ha crecido desde el día en que yo la cogí en la montaña de Orán.

Al mirar á Suleima vienen á mi mente recuerdos árabes. La figura infantil de Suleima, la niña, cruza por mi espíritu por primera vez después de tantos años: Suleima comiendo sus terrones de azúcar con aquel aspecto de mono travieso y encantador.

Mi pensamiento se pasea vagamente por esa Argelia, á la que no he vuelto más; veo de lejos aquella época más joven, en que los países nuevos me arrojaban á la vista su intraducible extrañeza con una fuerza de color que hoy me parece perdida...

¡Cómo oscurece y se extingue mi imaginación al entregarse á estos pensamientos!... Mis recuerdos del país del sol, se alejan, se debilitan, toman los tintes vagos de las cosas pasadas: se mezclan en mi memoria y en mis sueños y todo se confunde un poco, los minaretes de Stambul, las arenas del Sudán, las blancas playas de Oceanía y las ciudades de América y los escollos sombríos de la «mar Brumosa.»

¡La impresión más desconsoladora de todas, es la de sentir aburrimiento en el hogar de nuestros padres!..

Pero ¿qué hacer? existe siempre ese viento de las aventuras y de lo desconocido, que nos hostiga, y sin el cual, nuestra carrera sería imposible; cuando una vez le hemos respirado, nos ahogamos después en un aire tranquilo; todas las cosas dulces y amadas, por las cuales hemos suspirado estando lejos, se convierten, poco á poco, en monótonas é incoloras y, sordamente, soñamos con volver á partir.

Y, además, este crepúsculo de Marzo es demasiado triste; parece un sudario que cae, y mi habitación toma un aspecto fúnebre...

¿Si me fuese ahí al lado, á la habitación turca, para cambiar un poco?...

Abro una doble puerta y levanto una cortina de color de rosa marchita, con follajes dorados. Esta es la habitación turca, el rincón más retirado de la casa; sus ventanas, que dan á un patio y á los jardines, están siempre cerradas.

Miro hácia adentro, ya está oscuro y el terciopelo rojo de las paredes, parece negro; en algunos sitios se ve brillar la hoja curva de un yatagán, la culata adamasquinada de un fusil ó el dibujo caprichoso de un bordado viejo; cierto olor de incienso se nota en el aire, que es pesado y frío. Hay allí un silencio particular, podría decirse que *se oye* llegar la noche.

Esta habitación me produce un recuerdo doloroso de aquella Stambul de donde he traído todas estas cosas.

Sin embargo, no todo es del Oriente; el encanto de allí no ha venido, falta la luz, y un no sé qué propio del país, que no puede traerse. Esto no es el Oriente y no es tampoco el hogar, no es nada. Ahora siento haber destruido lo que había antes en su lugar, que era mucho más sencillo, pero que estaba lleno de recuerdos de mi infancia,—porque para mí no hay nada más que eso de bueno: gozo olvidando en ciertos momentos mi vida de hombre gastado, y encontrándome aquí niño, muy niño; es la ilusión que deseo

buscar por toda clase de medios, conservando, respetando mil cositas de otros tiempos con una solicitud exagerada.

¿Dónde está mi madre? Hace dos horas que no la he visto y me es muy necesaria su presencia.—Dejo caer la cortina color de rosa, y me voy.

Durante un momento busco á mi madre por la casa sin encontrarla. Es especial esta casa, siempre parece que se está jugando en ella al escondite, y verdaderamente, ahora es demasiado grande para los tres que somos.

Encuentro á Melania, que cruza por el patio estremeciéndose de frío.

—Melania, ¿sabe V. dónde está la señora?

—¡Dios mío! estaba ahí hace un momento, señorito Pedro.

—Bueno, veré á mi madre un poco más tarde, á la hora de comer. Voy á subir al segundo piso á buscar á mi tía Berta.

La escalera estaba ya enteramente oscura.

Cuando yo era niño, tenía miedo en ella por la noche; me parecía que los muertos subían detrás de mí, para cogerme las piernas y entonces echaba á correr con angustias locas.

Bien me acuerdo de aquellos temores; eran tan fuertes, que han persistido largo tiempo, aún en una edad en que ya no tenía miedo á nada.

Probé á subir los escalones de cuatro en cuatro para encontrar de nuevo, con la velocidad, algo de aquellas impresiones de otra época.

Pero ¡ay! no, las formas que se alargaban, los brazos negros que pasaban al través de la barandilla, las manos de los fantasmas, no existen ya...

¡No hay medio de tener aquel miedo!

En el segundo piso abrí la puerta de una habitación muy caldeada y entré.

Se creería que no hay nadie porque nada se mueve. Sin embargo, una inteligencia, vela allí.

—¿Eres tú chiquito?—dice una voz de ochenta años saliendo de un sillón que hay al lado del fuego.

La cabeza, que se hunde en los almohadones, ha sido muy hermosa; aun se adivina por las líneas rectas y regulares del perfil. Los ojos, empañados, no ven ya, pero detrás de aquel espejo obscurecido por los años, la inteligencia ha conservado clara su luz.

Todos, todos los días está la anciana tía Berta en aquel mismo sitio, al lado del fuego.

—¿Eres tu chiquito?

—Sí tía, contestó, tocando una pobre mano arrugada que se tiende temblando hácia mí, y después me siento en el suelo á sus piés. (Yo detesto las sillas. Dice Plumkett que es un verdadero indicio de mi naturaleza y de mis malas costumbres, no saber

sentarme como todo el mundo, sino extenderme siempre ó acurrucarme como los salvajes.)

Con frecuencia ha sido éste mi sitio del invierno, aquí delante del fuego, en el suelo, al pié del sillón de mi tía, haciéndola contar historias de los tiempos que pasaron, ó escribiendo lo que ella me dictaba sobre cosas añejas, muy curiosas, que no sabe nadie.

En el pasillo, un gran reloj dá lentamente seis campanadas, es la hora triste y oscura del *perro y el lobo*.

—Dime chiquito (me dá siempre este nombre, y en efecto sigo siendo el más joven, el niño, para ella que ha visto pasar tres generaciones)... Dime chiquito, vuestras campanas de á bordo dán dos golpes repetidos para las seis, tres repetidos para las siete y cuatro para las ocho, ¿no es verdad?

—Sí, tía Berta.

—¿Y vosotros decís *picar* las horas en lugar de *dar* las horas como decimos nosotros los de tierra? Sí continuó ella con voz lenta, como hojeando en las profundidades de un pasado casi muerto entre todas las cosas acumuladas en su vieja memoria,—sí, yo me acuerdo de que cuando era muchacha y vivíamos en nuestra casa de campo de la Tublerie oía en las tardes de verano las campanas de los barcos de la rada...

Hace unos ochenta años que tía Berta era muchacha, y ochenta años también que mi bisabuelo

vendió la casa de la Tublerie. Los marineros que tocaban aquellas campanas, y que eran jóvenes entonces, han muerto de vejez hace mucho tiempo; sus barcos se han demolido y están convertidos en polvo. Y aquellas tardes de verano en que se oían las campanas que tocaban en el mar... es singular, me parecen vistas en lontananza, más luminosas y más bellas que las nuestras. Ochenta años, sin embargo, no son nada cuando se trata de transformaciones lentas, de las reglas sensiblemente inmutadas del Cosmos.

—Dime, ¿tu tortuga ha empezado á moverse, chiquito?

—No tía, no se ha despertado.

—Pues, mira, eso es señal de retraso para las estación. Apostaría á que aún vamos á tener escarcha esta noche; yo la siento como si me cayera por los hombros. Haz el favor de subirme un poco el mantón y después aviva el fuego, así te entretendrás.

El enorme leño se consume con sufrimiento, despidiendo una llama pequeña, intermitente y pálida y lo peor es, que no quiere arder mejor.

Tía Berta se pone á cantar con una vocecilla chillona y cascada, que parece venir de muy lejos, del pasado: canta, marcando el compás con el pie, una canción, un villancico antiguo del país, sobre el cual me ha dictado ayer para que yo escribiese.

Después no dice nada, y cae en una especie de soñolencia. En aquel momento hubiera sido necesario para animarla de nuevo, movimiento, ruido, luz á su alrededor.

Sigue haciéndose de noche... Yo creo que también voy á adormecerme, á caer en un sueño melancólico. Lo que me falta en mi casa es el elemento joven, es algo que responda á mi juventud. Este hogar, en otro tiempo tan alegre, está muy triste y muy vacío ahora; parece que se pasean fantasmas por él. Mi vida se desliza aquí tranquila y regular, en compañía de personas de edad, aunque muy queridas, y me parece en algunos instantes que yo también me he hecho viejo y que se han concluído para siempre, el sol, el mar, las aventuras y los países luminosos del Islám.

Y aquí, cerca de mi anciana tía, me pierdo en sueños extravagantes de vejez y de muerte, mientras que la fría noche de Marzo, va lentamente espesándose en torno nuestro....

II

4 de Abril de 1879.

(Ocho días después).

...A mis pies montañas encarnadas, ondulando á lo

lejos con líneas indecisas. Alrededor mío lentiscos, espliegos, alfombras de flores exóticas, de olores aromáticos; en el aire, los perfumes propios de una primavera más cálida que la de Europa.

Un gran paisaje árido, desierto. Visto desde muy arriba: en los primeros planos de las montañas, luces muy vivas cubren extensas sombras, toda la escala de los grises ardientes y de los morenos rojizos:—en las líneas indecisas del horizonte, azules límpidos y tintas de iris... Un aire vivificante y cálido, un cielo lleno de rayos.

Abajo, sobre el camino que huye y se pierde en dirección de Marruecos, un grupo de árabes pasa y desaparece. ¡Y arriba el gran sol de Africa, despide sus destellos!...

.....

¡No esperaba yo verme en Argelia!

Esto me encanta y me embriaga después del largo y sombrío invierno, durante el cual, me he abismado en mí mismo, como si la juventud y la vida me hubiesen abandonado.

Estoy sólo en medio de estas montañas.

Miro y respiro.—De modo que es cierto que todavía hay en el mundo espacio y sol.—¡Ay qué triste y qué pálido me parece, visto desde aquí, el tiempo que acabo de pasar en el hogar de mis padres! Es doloroso experimentar esta impresión; pero yo siento como que me despierto de una especie de sueño y

que acuden á mí visiones dulces y melancólicas.

Aquí me reconozco, reconozco todo lo que me rodea, todos los detalles de esta naturaleza,—todas estas florestas árabes—los encarnados gladiolus, los lentiscos perfumados, la bella malvarosa, las amarillas belloritas y las altas gramíneas;—todas las plantas, todos los olores de este país, las ásperas líneas de sus montañas, las grandes y rojizas rocas del Marabout, y allá abajo el cabo de Mers-el-Kébir, que se achata y se hunde en la mar azul; pero lo que sobre todo reconozco y lo que más amo, es este no sé qué, que tiene el Africa de áspero y de indefinible.

Hace diez años, yo había recorrido este país, había visto estas mismas montañas y cogido estas mismas flores. Había estado aquí una larga temporada, y pasaba el tiempo andando errante por esos senderos de cabras, por esos barrancos llenos de piedras y de sol. Galopaba mucho en los caballos de un cierto Touboul y cortaba por el camino grandes ramilletes olorosos que me llevaba por la noche á bordo. No había cumplido aún veinte años, y aunque se notaba en mí una mezcla de pasión y de inocencia, el niño dominaba todavía.

Aquí vuelvo á encontrar todos esos recuerdos olvidados; brotan de las hojas de los aloes, y vienen á mí en todos los olores de las plantas.

Cerca de mí, por encima de mi cabeza, aquella ca-

vidad de piedra, donde un día recogí á Suleima, la tortuga, la que desde aquella época acompaña fielmente á las criadas viejas de mi hogar...

Quizá amo yo tanto este país, porque me siento aquí asombrosamente joven.

¡Qué cosa más inesperada!

Una orden brusca, como suele suceder en la marina, despedidas precipitadas—un barco rápido—y esta mañana, á las cuatro, al despuntar el día, la tierra africana estaba á la vista.

Con emoción miré dibujarse, acercarse las montañas rojas de Mers-el-Kébir, que hicieron retroceder diez años á mi pensamiento, y aspiré este olor particular de Argelia, mezcla de los perfumes de las hierbas y de los olores de los Beduinos.

Y rápidamente eché pie á tierra ávido de internarme todo lo posible en los campos de este país.

III

Mers-el-Kébir 5 de Arbil.

A las once Plumkett, cuyo buque está próximo al mío, vino á buscarme en una lancha y después de

una hora de travesía, sobre el agua azul del golfo, llegamos á Orán.

Por casualidad estamos ambos bien dispuestos y contentos de estar reunidos después de no habernos visto en largo tiempo. Orán con este hermoso sol y este tiempo espléndido nos parece hoy muy pintoresco y muy africano.

Decidimos ir á ver el lago Salado y la aldea de Mizerguin. Pero antes, por respeto á nuestra tradición de la juventud, es preciso que descansemos al aire libre delante del café Soubiran. Hémos ya sentados en la calle, bajo estos toldos movidos por grandes ráfagas de aire caliente, que nos traen mucha arena.

Delante de nosotros, apoyada en la pared, hay una joven árabe, cubierta de harapos, que nos mira con grandes ojos negros y aunque descarados, muy hermosos...

Un recuerdo, un algo conocido, vino á mi mente y llamé: «¡Suleima!» Levantó un poco los párpados con aire de extrañeza y, después de morder sus labios rojos, se ocultó sonriente bajo el velo.

Le dije: ¿Eres tú, Suleima, la hija de Kaddou, la niña á quien yo daba aquí todos los días terrones de azúcar hace diez años? Mirame, ¿no te acuerdas?

—«Sí, respondió, soy en efecto Suleima-ben-Kaddour.»

Pero se le han olvidado los terrones de azúcar, y se extraña un poco de queyo la conozca por su nombre. Después sigue riéndose, y aquella risa especial, revela claramente el innoble oficio á que está ya dedicada.

No sé por qué, el paseo al lago Salado no me agrada; después de todo se está muy bien en Orán sentado á la sombra.

Sin embargo, por el placer de galopar en compañía de Plumkett..

Los caballos estaban encargados desde la víspera; nos los trajeron y nos pusimos en marcha.

El camino es largo al sol; el campo pedregoso, salvaje, perfumado.

Nada más que palmeras enanas y espliegos, mezclando en medio de todas estas piedras los tintes apagados de sus dos verdores; de vez en cuando un gran gladiolo rojo despidiendo su color brillante, ó bien un pastor beduino medio desnudo y con capucha de lana, paseando cabras óscuras.

A eso de las cuatro llegamos á Mizerguir. Encargamos la comida en la posada del pueblo y seguimos más lejos: quiero enseñar ahora á Plumkett cierto valle al que vine hace diez años, un día de invierno, con mi amigo John B..., quien decía que este era el *pays de Mignón*.

Este valle estaba encantador en Enero, tenía una

melancolía tranquila y suave con sus grandes árboles sin hoja y sus naranjos en flor.

Hoy es otro su encanto: es el esplendor de la primavera, pero de una primavera que no es como la nuestra. Todo alrededor, la montaña árida,—y aquí una profusión, un lujo inesperado de flores, una confusión deliciosa de la naturaleza de Africa y la de Europa.

Hay espesuras de iris que se inclinan sobre las aguas,—hay, entre las palmeras y los naranjos, rincones húmedos, sombríos como rincones del norte, donde los matorrales de ojiacanto están enteramente floridos, enteramente blancos, bajo enormes álamos quebradizos.

Comemos en la posada de Mizerguir en el mismo sitio que hace diez años, y á mí me causa cierta impresión el volverme á encontrar en esta mesa, en este pueblo ignorado,—el ser todavía joven, después de tantas carreras por el mundo, de tantos años pasados, de tantas cosas desvanecidas...

Hace diez años hacía aquí frío, un pícaro viento de invierno barría el camino;—y me acuerdo de que quitamos la mesa para mirar una boda de colonos que pasaba, de que la novia era muy bella y llevaba un vestido blanco y un violín en la cabeza. Todo esto nos pareció una reunión extravagante de cosas: una aldea de Argelia, una tarde de invierno